



Arthur Conan Doyle

El Intérprete  
Griego

**E** LEJANDRIA

Arthur Conan Doyle

El Intérprete  
Griego



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL INTÉRPRETE GRIEGO

**ARTHUR CONAN DOYLE**

**PUBLICADO: 1893**

**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**EDICIÓN: A. L. BURT, NEW YORK, 1894**

**TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**



## **EL INTÉRPRETE GRIEGO**

Durante mi prolongada e íntima amistad con el señor Sherlock Holmes, nunca lo había oído referirse a sus familiares, y casi nunca a su propia infancia. Esa reticencia de su parte había acrecentado el cierto efecto inhumano que producía en mí, hasta el punto de que, en ocasiones, llegué a considerarlo un fenómeno aislado, un cerebro sin corazón, tan carente de simpatía humana como sobresaliente en inteligencia. Su aversión a las mujeres y su desgana por entablar

nuevas amistades eran propias de su carácter insensible, pero nada comparables a la completa supresión de cualquier alusión a su propia familia. Yo había llegado a creer que era un huérfano sin parientes vivos, pero un día, para mi gran sorpresa, comenzó a hablarme de su hermano.

Era después del té en una tarde de verano, y la conversación, que había divagado de modo desultorio y espasmódico desde los clubes de golf hasta las causas del cambio en la oblicuidad de la eclíptica, llegó por fin a la cuestión del atavismo y las aptitudes hereditarias. El tema en discusión era hasta qué punto cualquier don singular de un individuo se debía a su ascendencia y hasta qué punto a su propia formación temprana.

— En tu propio caso, —dije—, por todo lo que me has contado, parece obvio que tu facultad de observación y tu peculiar capacidad para la deducción se deben a tu formación sistemática.

— En cierta medida, —respondió pensativamente—. Mis antepasados eran señores de campo, que parecían haber llevado una vida muy acorde a lo natural de su clase. Pero, aun así, mi inclinación en esa dirección está en mis venas y pudo haber venido de mi abuela, que era hermana de Vernet, el artista francés. El arte en la sangre tiende a tomar las formas más extrañas.

— ¿Pero cómo sabes que es hereditario?

— Porque mi hermano Mycroft lo posee en mayor grado que yo.

Esto, en verdad, era una noticia para mí. Si existiera en Inglaterra otro hombre con tales poderes singulares, ¿cómo era posible que ni la policía ni el público hubieran oído hablar de él? Planteé la cuestión, insinuando que era la modestia de mi compañero la que le hacía reconocer a su hermano como superior. Holmes se rió ante mi sugerencia.

— Mi querido Watson, —dijo—, no puedo estar de acuerdo con aquellos que sitúan la modestia entre las virtudes. Para el lógico, todas las cosas deben ser vistas exactamente como son, y subestimarse a uno mismo es tanto una desviación de la verdad

como exagerar los propios poderes. Por eso, cuando digo que Mycroft posee mejores facultades de observación que yo, puedes tomarlo como la verdad exacta y literal.

— ¿Es menor que tú?

— Siete años mayor.

— ¿Cómo es posible que sea desconocido?

— Oh, es muy conocido en su propio círculo.

— ¿Dónde, entonces?

— Pues, en el Club Diógenes, por ejemplo.

Nunca había oído hablar de esa institución, y mi rostro debió de delatarlo, pues Sherlock Holmes sacó su reloj.

— El Club Diógenes es el club más extraño de Londres, y Mycroft es uno de los hombres más peculiares. Siempre está allí, desde las cinco menos cuarto hasta las ocho menos veinte. Son las seis ahora, así que, si te apetece dar un paseo en esta hermosa tarde, estaré encantado de presentarte a dos curiosidades.

Cinco minutos después estábamos en la calle, caminando hacia el Circo de Regent.

— Te preguntas, —dijo mi compañero—, por qué Mycroft no utiliza sus poderes en la investigación. Es incapaz de ello.

— Pero yo creía que habías dicho...

— Dije que él es superior a mí en observación y deducción. Si el arte del detective se limitase a razonar desde un sillón, mi hermano sería el mayor agente criminal que jamás haya existido. Pero no tiene ambición ni energía. Ni siquiera se molesta en comprobar sus propias soluciones, y preferiría ser considerado equivocado que tomarse la molestia de demostrar que tiene razón. Una y otra vez le he planteado un problema, y he recibido de él una explicación que luego resultó ser la correcta. Y sin embargo, es absolutamente incapaz de resolver los puntos prácticos que deben abordarse antes de que un caso pueda presentarse ante un juez o jurado.

— ¿No es su profesión, entonces?

— En absoluto. Lo que para mí es un medio de vida, para él es el mero pasatiempo de un diletante. Tiene una extraordinaria aptitud para los números y revisa las cuentas en algunos departamentos gubernamentales. Mycroft se aloja en Pall Mall, y cada mañana cruza la esquina hacia Whitehall y regresa por la tarde. Durante todo el año no realiza otro ejercicio, y no se le ve en ningún otro sitio, salvo únicamente en el Club Diógenes, que está justo enfrente de sus habitaciones.

— No recuerdo el nombre.

— Probablemente no. Hay muchos hombres en Londres, ¿sabes?, que, ya sea por timidez o por misantropía, no desean la compañía de sus semejantes. Sin embargo, no se oponen a tener sillas cómodas y a leer las últimas publicaciones. Fue por conveniencia de estos que se fundó el Club Diógenes, y ahora alberga a los hombres más antisociales e incompatibles con un club de la ciudad. A ningún miembro se le permite prestar el menor atisbo de atención a otro. Salvo en la Sala de los Extraños, no se permite hablar bajo ninguna circunstancia, y tres infracciones, si son denunciadas al comité, hacen que el hablador sea susceptible de expulsión. Mi hermano fue uno de los fundadores, y yo mismo he encontrado en él un ambiente muy reconfortante.

Mientras hablábamos, habíamos llegado a Pall Mall y caminábamos por ella desde el extremo de St. James. Sherlock Holmes se detuvo ante una puerta, a poca distancia del Carlton, y, advirtiéndome que no hablara, se adelantó hacia el vestíbulo. A través de los paneles de vidrio vislumbré una sala grande y lujosa, en la que un número considerable de hombres estaba sentado, leyendo periódicos, cada uno en su pequeño rincón. Holmes me condujo a una pequeña cámara que daba a Pall Mall y, dejándome solo por un momento, regresó acompañado de un individuo a quien solo podía reconocer como su hermano.

Mycroft Holmes era un hombre mucho más corpulento y robusto que Sherlock. Su cuerpo era absolutamente fornido, pero su rostro,

aunque macizo, conservaba algo de la agudeza expresiva que tan notablemente se apreciaba en el de su hermano. Sus ojos, de un gris acuoso y particularmente claro, parecían mantener siempre aquella mirada distante e introspectiva que solo había observado en los de Sherlock cuando ejercía al máximo sus facultades.

— Me alegra conocerlo, señor —dijo, extendiendo una mano ancha y rolliza, semejante a la aleta de una foca—. Escucho hablar de Sherlock por todas partes desde que te convertiste en su cronista. Por cierto, Sherlock, esperaba verte la semana pasada para consultarme sobre el caso de la Manor House. Pensé que quizás estuvieras un poco superado.

— No, lo resolví, —dijo mi amigo, sonriendo.

— Fue Adams, por supuesto.

— Sí, fue Adams.

— Yo lo supe desde el principio.

Ambos se sentaron juntos en la ventana salediza del club.

— A quien desee estudiar a la humanidad, este es el lugar, —dijo Mycroft—. ¡Mira a estos tipos magníficos! Mira, por ejemplo, a esos dos hombres que vienen hacia nosotros.

— ¿El marcador de billar y el otro?

— Precisamente. ¿Qué opinas del otro?

Los dos hombres se habían detenido frente a la ventana. Algunos trazos de tiza sobre el bolsillo del chaleco eran los únicos indicios de billar que pude observar en uno de ellos. El otro era un hombrecito oscuro, con el sombrero echado hacia atrás y varios paquetes bajo el brazo.

— Un viejo soldado, veo.

— Y recién dado de baja, —comentó el hermano.

— Sirvió en la India, veo.

— Y un suboficial.

— De la Artillería Real, supongo, —dijo Sherlock.

— Y viudo.

— Pero con un hijo.

— Hijos, muchacho, hijos.

— Vamos, —dije, riendo—, esto es un poco excesivo.

— Ciertamente, —respondió Holmes—, no es difícil decir que un hombre con ese porte, expresión de autoridad y piel curtida por el sol, es un soldado, es más que un simple raso y no ha estado lejos de la India.

— Que no lleva mucho tiempo fuera del servicio se demuestra en que aún lleva sus botas de munición, como se les llama, —observó Mycroft.

— No tiene la marcha de la caballería; sin embargo, lleva el sombrero ladeado, como se evidencia en el tono más claro de esa parte de su ceja. Su corpulencia descarta que sea zapador. Es de la artillería.

— Entonces, por supuesto, su luto completo indica que ha perdido a alguien muy querido. El hecho de que haga sus propias compras parece sugerir que se trata de su esposa. Has visto que ha estado comprando cosas para niños. Se oye un traqueteo, lo que demuestra que uno de ellos es muy pequeño. Probablemente, la esposa murió en el parto. Y el hecho de que tenga un álbum de fotos bajo el brazo indica que hay otro niño en consideración.

Empecé a comprender lo que mi amigo quería decir cuando afirmaba que su hermano poseía facultades incluso más agudas que las suyas. Me lanzó una mirada y sonrió. Mycroft sacó rapé de una cajita de caparazón de tortuga y apartó los granos errantes de la solapa de su abrigo con un gran pañuelo de seda rojo.

— Por cierto, Sherlock, —dijo—, me han sometido a un problema bastante de tu agrado —un problema sumamente singular—. Realmente no tuve la energía para darle el seguimiento que merecía,

salvo de manera muy incompleta, pero me sirvió de base para unas agradables conjeturas. Si te interesa escuchar los hechos...

— Mi querido Mycroft, me encantaría.

El hermano garabateó una nota en una hoja de su libreta y, haciendo sonar el timbre, se la entregó al camarero.

— He solicitado al señor Melas que se cruce, —dijo—. Se aloja en el piso de arriba y tengo cierta relación con él, la cual lo llevó a acudir a mí en su perplejidad. El señor Melas es, según entiendo, de origen griego y es un lingüista extraordinario. Gana la vida en parte como intérprete en los tribunales y en parte haciendo de guía a los orientales adinerados que visitan los hoteles de Northumberland Avenue. Creo que lo dejaré a él para que relate su extraordinaria experiencia a su modo.

Pocos minutos después se nos unió un hombre bajo y fornido, cuyo rostro oliváceo y cabello negro azabache anunciaban su origen sureño, aunque su forma de hablar era la de un inglés educado. Apretó con entusiasmo la mano de Sherlock Holmes, y sus oscuros ojos centellearon de placer al comprender que el especialista deseaba con insistencia escuchar su relato.

— No creo que la policía me crea —dijo, en tono lamentoso—; por mi palabra, no lo creo. Sólo porque nunca han oído hablar de ello, piensan que algo así no puede ser. Pero sé que nunca estaré tranquilo hasta saber qué ha sido de mi pobre hombre, aquel con el yeso adherido a la cara.

— Estoy completamente atento, —dijo Sherlock Holmes.

— Esta es la tarde del miércoles, —dijo el señor Melas—. Pues bien, fue la noche del lunes —sólo hace dos días, entiendes— cuando ocurrió todo esto. Soy intérprete, como quizá ya te haya comentado mi vecino. Interpreto todos los idiomas —o casi todos—, pero, al ser griego de nacimiento y tener un nombre griego, es con esa lengua con la que estoy principalmente asociado. Durante muchos años he sido el principal intérprete de griego en Londres y mi nombre es muy conocido en los hoteles.

— No es raro que me llamen a horas extrañas, ya sea por extranjeros que se meten en aprietos o por viajeros que llegan tarde y requieren mis servicios. Por eso, no me sorprendió que, la noche del lunes, un tal señor Latimer, un joven vestido a la última moda, se presentara en mis habitaciones y me pidiera que lo acompañara en un taxi que esperaba en la puerta. Según dijo, un amigo griego había venido a verlo por negocios, y como él no sabía hablar otra lengua que la suya, los servicios de un intérprete eran indispensables. Me hizo entender que su casa estaba a cierta distancia, en Kensington, y parecía tener mucha prisa, empujándome rápidamente al taxi cuando descendimos a la calle.

Digo "taxi", pero pronto empecé a dudar de si no se trataba de una diligencia en la que me encontraba. Ciertamente era más espaciosa que el ordinario desastre de cuatro ruedas de Londres, y los acabados, aunque desgastados, eran de gran calidad. El señor Latimer se sentó frente a mí y partimos atravesando Charing Cross y subiendo por Shaftesbury Avenue. Al salir en Oxford Street, me atreví a comentar que aquella parecía ser una ruta tortuosa hacia Kensington, cuando mis palabras fueron interrumpidas por la conducta extraordinaria de mi acompañante.

Empezó sacando de su bolsillo una porra de aspecto formidable, cargada de plomo, y moviéndola de adelante hacia atrás varias veces, como si quisiera comprobar su peso y resistencia. Luego la colocó sin decir palabra sobre el asiento a su lado. Habiendo hecho esto, subió las ventanas de cada lado, y para mi asombro descubrí que estaban cubiertas con papel, de modo que no podía ver a través de ellas.

— Lamento interrumpir tu vista, señor Melas, —dijo—. La verdad es que no tengo intención de que veas el lugar al que nos dirigimos. Podría serme inconveniente que pudieras encontrar el camino de regreso.

Como podrás imaginar, me quedé completamente atónito ante tal declaración. Mi acompañante era un joven corpulento y de anchos

hombros, y, aparte del arma, no tendría la menor posibilidad en un forcejeo con él.

— Esto es una conducta muy extraordinaria, señor Latimer, — balbuceé—. Debes ser consciente de que lo que estás haciendo es completamente ilegal.

— Es, sin duda, una cierta desfachatez, —dijo él—, pero te lo compensaremos. Sin embargo, debo advertirte, señor Melas, que si en algún momento esta noche intentas dar la voz de alarma o haces algo que vaya en contra de mis intereses, te encontrarás con algo muy grave. Te ruego que recuerdes que nadie sabe dónde estás y que, ya sea que te encuentres en este vehículo o en mi casa, estás igualmente a mi merced.

Sus palabras fueron suaves, pero tenía una manera áspera de expresarlas que resultaba muy amenazante. Me quedé en silencio, preguntándome qué demonios podía motivar semejante secuestro. Sea lo que fuere, estaba perfectamente claro que no tenía nada que ganar resistiéndome, y que sólo podía esperar a ver qué sucedía.

Durante casi dos horas nos desplazamos sin que yo tuviera la menor idea de hacia dónde íbamos. A veces, el traqueteo de las piedras indicaba un camino pavimentado, y en otras ocasiones nuestra marcha suave y silenciosa sugería asfalto; pero, salvo por esa variación en el sonido, no había nada que pudiera, de la más remota manera, ayudarme a adivinar nuestro destino. El papel que cubría cada ventana era impenetrable a la luz, y una cortina azul estaba tendida sobre el cristal frontal. Eran las siete y cuarto cuando dejamos Pall Mall, y mi reloj marcaba diez minutos para las nueve cuando finalmente nos detuvimos. Mi acompañante bajó la ventana, y pude vislumbrar una puerta baja y arqueada con una lámpara encendida encima. Al ser apresurado fuera del vehículo, la puerta se abrió de par en par, y me encontré dentro de la casa, con la vaga impresión de un césped y árboles a ambos lados a medida que entraba. Sin embargo, si se trataba de terrenos privados o de auténtico campo era algo que no me atrevía a afirmar.

En el interior había una lámpara de gas de colores, encendida tan tenue que apenas se distinguía que el vestíbulo era de cierto tamaño y estaba adornado con cuadros. A la penumbra pude distinguir que la persona que había abierto la puerta era un hombre pequeño, de aspecto mezquino y de mediana edad, con hombros redondeados. Al girarse hacia nosotros, el destello de la luz me reveló que llevaba gafas.

— ¿Es este el señor Melas, Harold? —dijo.

— Sí.

— ¡Bien hecho, bien hecho! Sin malos sentimientos, señor Melas, espero, pero no podríamos avanzar sin usted. Si actúa con honradez con nosotros, no se arrepentirá; pero si intenta algún truco, ¡Dios lo ayude! —habló en tono nervioso y entrecortado, intercalado con risitas nerviosas, pero de alguna manera me infundió más miedo que el otro.

— ¿Qué quiere de mí?

— Solo queremos hacer algunas preguntas a un caballero griego que nos está visitando y obtener las respuestas. Pero no digas nada más de lo que se te indique, o —risita nerviosa— será mejor que nunca hayas nacido.

Mientras hablaba, abrió una puerta y mostró el camino hacia una sala que parecía estar ricamente amueblada, aunque, nuevamente, la única luz provenía de una lámpara encendida a medio bajar. La estancia era ciertamente amplia, y la forma en que mis pies se hundían en la alfombra al atravesarla revelaba su opulencia. Pude entrever sillas de terciopelo, una imponente repisa de mármol blanco y lo que parecía ser un conjunto de armadura japonesa en un extremo. Había una silla justo bajo la lámpara, y el anciano indicó que me sentara en ella. El más joven nos había abandonado, pero de repente regresó por otra puerta, trayendo consigo a un caballero vestido con una especie de bata suelta, que se desplazaba lentamente hacia nosotros. Al adentrarse en el círculo de luz tenue que me permitía verlo con mayor claridad, me estremecí de horror

ante su apariencia. Estaba mortalmente pálido y terriblemente demacrado, con unos ojos saltones y brillantes, propios de un hombre cuyo espíritu era mayor que su fuerza. Pero lo que más me impactó, más allá de cualquier signo de debilidad física, fue que su rostro estaba grotescamente atravesado por vendas, y que una gran almohadilla de estas estaba fijada sobre su boca.

— ¿Tienes la pizarra, Harold? —exclamó el hombre mayor, mientras ese extraño ser se desplomaba en lugar de sentarse en una silla—. ¿Están sus manos sueltas? Ahora, pásale el lápiz. Tú debes hacer las preguntas, señor Melas, y él escribirá las respuestas. Pregúntale, ante todo, si está dispuesto a firmar los papeles.

Los ojos del hombre centellearon con fuego.

— ¡Jamás! —escribió en griego en la pizarra.

— ¿Bajo ninguna condición? —pregunté, siguiendo las órdenes de nuestro tirano.

— Solo si la veo casada en mi presencia por un sacerdote griego que yo conozca.

El hombre soltó una risita venenosa.

— Ya sabes lo que te espera, ¿no?

— A mí no me importa nada de mí mismo.



«EL HOMBRE SE ARRANCÓ EL ESPARADRAPO DE LOS LABIOS Y CORRIÓ A LOS BRAZOS DE LA MUJER».

"Estas son muestras de las preguntas y respuestas que componían nuestra extraña conversación, a medio hablar y a medio escribir. Una y otra vez tuve que preguntarle si cedería y firmaría los documentos. Una y otra vez obtuve la misma respuesta indignada. Pero pronto se me ocurrió un pensamiento feliz. Empecé a añadir pequeñas frases propias a cada pregunta, inocentes al principio, para ver si alguno de nuestros compañeros sabía algo del asunto y, luego, al comprobar que no mostraban indicios, jugué un juego más peligroso. Nuestra conversación transcurrió más o menos así:

- No lograrás nada con esta obstinación. ¿Quién eres?
- No me importa. Soy un forastero en Londres.
- Tu destino recaerá sobre tu propia cabeza. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

— Así sea. Tres semanas.

— La propiedad jamás podrá ser tuya. ¿Qué te pasa?

— No debe caer en manos de villanos. Me están dejando sin fuerzas.

— Te liberarán si firmas. ¿Qué casa es esta?

— Jamás firmaré. No lo sé.

— No le haces ningún favor. ¿Cuál es tu nombre?

— Déjame oírla decirlo. Kratides.

— La verás si firmas. ¿De dónde eres?

— Entonces jamás la veré. Atenas.

Cinco minutos más, señor Holmes, y habría extraído toda la historia justo ante sus narices. Mi siguiente pregunta podría haber esclarecido el asunto, pero en ese instante la puerta se abrió y una mujer entró en la sala. No pude distinguirla con claridad, salvo por notar que era alta y esbelta, de cabello negro y vestida con alguna especie de túnica blanca suelta.

— Harold, —dijo ella, hablando en inglés con un acento entrecortado—. No pude quedarme más. Es tan solitario allá arriba, con sólo... ¡Dios mío, es Paul!

Estas últimas palabras fueron en griego, y en ese mismo instante el hombre, con un esfuerzo convulsivo, arrancó el yeso de sus labios y, gritando «¡Sophy! ¡Sophy!», se lanzó a los brazos de la mujer. Su abrazo duró apenas un instante, pues el joven se arrebató a la mujer y la empujó fuera de la sala, mientras el mayor dominaba fácilmente a su víctima demacrada y la arrastraba por otra puerta. Por un momento quedé solo en la estancia y me levanté de un salto, con la vaga idea de que quizá podría obtener alguna pista sobre la naturaleza de aquella casa en la que me encontraba. Afortunadamente, no di ningún paso, pues al alzar la vista vi que el hombre mayor estaba de pie en el umbral, con los ojos fijos en mí.

— Eso basta, señor Melas, —dijo él—. Usted se da cuenta de que lo hemos incorporado en nuestra confianza para un asunto muy privado. No lo hubiéramos molestado si no fuera porque nuestro amigo que habla griego y que inició estas negociaciones se ha visto forzado a regresar al Oriente. Era absolutamente necesario encontrar a alguien que tomara su lugar, y tuvimos la fortuna de enterarnos de sus poderes.

Incliné la cabeza.

— Hay cinco soberanos aquí, —dijo él, acercándose a mí—, que espero sean una retribución suficiente. Pero recuerde, —añadió, dándome un leve golpecito en el pecho y entre risitas—, que si habla con alguna alma humana sobre esto —con una sola alma humana, comprenda—, ¡que Dios tenga misericordia de su alma!

No puedo expresar el repudio y el horror que me inspiraba aquel hombre de apariencia insignificante. Ahora podía distinguirlo mejor, pues la luz de la lámpara iluminaba su rostro. Sus rasgos eran afilados y enfermizos, y su pequeña barba puntiaguda era rala y mal nutrida. Empujaba su faz hacia adelante mientras hablaba, y sus labios y párpados se estremecían continuamente, como en un caso de baile de San Vito. No pude evitar pensar que su extraña y contagiosa risa era también síntoma de alguna dolencia nerviosa. Sin embargo, lo verdaderamente terrorífico de su semblante residía en sus ojos, de un gris acerado que resplandecían fríamente con una maligna e inexorable crueldad en sus profundidades.

— Sabremos si habla de esto, —dijo él—. Tenemos nuestros propios medios de información. Ahora encontrará el carruaje esperándolo, y mi amigo se encargará de que siga su camino.

Fui apresurado por el vestíbulo y llevado al vehículo, obteniendo de nuevo aquella fugaz visión de árboles y un jardín. El señor Latimer siguió de cerca a mis talones y ocupó su sitio frente a mí sin decir palabra. En silencio, recorrimos una distancia interminable con las ventanas subidas, hasta que finalmente, poco después de la medianoche, el carruaje se detuvo.

— Usted bajará aquí, señor Melas, —dijo mi compañero—. Lamento dejarlo tan lejos de su casa, pero no hay alternativa. Cualquier intento de su parte de seguir el carruaje solo terminará en lesiones para usted.

Él abrió la puerta mientras hablaba, y apenas tuve tiempo de saltar cuando el cochero azotó al caballo y el carruaje se sacudió al partir. Miré a mi alrededor asombrado. Me encontraba en algún tipo de páramo, salpicado de grupos oscuros de retamas. A lo lejos se extendía una hilera de casas, con alguna luz aquí y allá en los ventanales superiores. En el otro lado distinguí las lámparas rojas de señalización de un ferrocarril.

El carruaje que me había traído ya estaba fuera de la vista. Me quedé mirando a mi alrededor, preguntándome en qué lugar de la tierra me hallaba, cuando vi a alguien acercándose en la oscuridad. Al llegar, pude distinguir que era un portero del ferrocarril.

— ¿Puede decirme qué lugar es este? —pregunté.

— Wandsworth Common.

— ¿Puedo coger un tren hacia la ciudad?

— Si camina una milla o algo hasta Clapham Junction, llegará justo a tiempo para el último a Victoria.

Así terminó mi aventura, señor Holmes. No sé dónde estaba, ni con quién hablé, ni nada más que lo que le he contado. Pero sé que se está gestando un juego sucio, y quiero ayudar a ese hombre desdichado si puedo. Relaté toda la historia al señor Mycroft Holmes a la mañana siguiente y, posteriormente, a la policía.

Todos guardamos silencio durante unos instantes tras escuchar tan extraordinaria narración. Luego, Sherlock miró a su hermano.

— ¿Algún avance? —preguntó.

Mycroft tomó el Daily News que reposaba sobre la mesita.

— “Cualquiera que suministre información sobre el paradero de un caballero griego llamado Paul Kratides, procedente de Atenas, que

no sea capaz de hablar inglés, será recompensado. Se pagará una recompensa similar a quien aporte información sobre una dama griega de nombre Sophy. X 2473.” —Eso aparecía en todos los diarios.— Sin respuesta.

— ¿Qué hay de la Legación Griega?

— He preguntado. No saben nada.

— ¿Un telegrama al jefe de la policía de Atenas, entonces?

— Sherlock tiene toda la energía de la familia, —dijo Mycroft, volviéndose hacia mí—. Bueno, asume el caso por todos los medios y avísame si logras algo.

— Por supuesto, —respondió mi amigo, levantándose de su silla—. Te lo haré saber, y a usted también, señor Melas. Mientras tanto, señor Melas, debería estar muy atento, si yo fuera usted, pues seguro han advertido a través de estos anuncios que lo ha delatado.

Mientras caminábamos a casa juntos, Holmes se detuvo en una oficina de telégrafos y envió varios mensajes.

— Verás, Watson, —comentó—, nuestra velada no ha sido en absoluto en vano. Algunos de mis casos más interesantes han llegado a mí de este modo a través de Mycroft. El problema que acabamos de escuchar, aunque admite tan solo una explicación, aún posee ciertas características distintivas.

— ¿Tienes esperanzas de resolverlo?

— Bueno, sabiendo tanto como sabemos, sería realmente singular si no descubriésemos el resto. Debes haber formulado tú mismo alguna teoría que explique los hechos que hemos oído.

— De manera vaga, sí.

— ¿Y cuál fue tu idea, entonces?

— Me pareció obvio que esta chica griega había sido secuestrada por el joven inglés llamado Harold Latimer.

— ¿Secuestrada de dónde?

— Quizá de Atenas.

Sherlock negó con la cabeza.

— Este joven no podía decir ni una palabra en griego. La dama, en cambio, hablaba bastante bien inglés. Conclusión: ella había estado en Inglaterra por algún tiempo, pero él no había estado en Grecia.

— Bueno, entonces, presumiremos que ella había venido de visita a Inglaterra y que este Harold la persuadió para que huyera con él.

— Eso es más probable.

— Entonces el hermano —pues, supongo, es la relación— viaja desde Grecia para interferir. Se coloca imprudentemente en poder del joven y de su asociado mayor. Ellos lo capturan y le aplican violencia para obligarlo a firmar unos papeles mediante los cuales se transferiría la fortuna de la chica —de la cual él podría ser fideicomisario— a ellos. Él se niega a hacerlo. Para negociar con él tuvieron que conseguir un intérprete, y recurrieron a este señor Melas, habiendo usado a otro anteriormente. A la chica no se le informó de la llegada de su hermano, y se enteró por el más mínimo accidente.

— ¡Excelente, Watson! —exclamó Holmes—. Realmente creo que no estás lejos de la verdad. Ve que tenemos todas las cartas en la mano y sólo debemos temer algún acto repentino de violencia de su parte. Si nos dan tiempo, los atraparemos.

— ¿Pero cómo podemos encontrar dónde se halla esta casa?

— Bueno, si nuestra conjetura es correcta y el nombre de la chica es o fue Sophy Kratides, no tendremos dificultad para rastrearla. Esa debe ser nuestra principal esperanza, pues el hermano es, por supuesto, un completo desconocido. Es evidente que ha pasado algún tiempo desde que este Harold estableció sus relaciones con la chica —unas semanas, al menos—, tiempo suficiente para que el hermano en Grecia se enterara y viniera. Si han permanecido en el mismo lugar durante este período, es probable que obtengamos alguna respuesta al anuncio de Mycroft.

Hablando, habíamos llegado a nuestra casa en Baker Street. Holmes subió las escaleras primero y, al abrir la puerta de nuestra habitación, dio un sobresalto de sorpresa. Mirando por encima de su hombro, yo quedé igualmente asombrado: su hermano Mycroft estaba sentado, fumando, en el sillón.

— ¡Entra, Sherlock! ¡Entra, señor! —dijo cordialmente, sonriendo ante nuestras caras atónitas—. No esperas de mí tanta energía, ¿verdad, Sherlock? Pero de algún modo este caso me atrae.

— ¿Cómo llegaste aquí?

— Te adelanté en un hansom.

— ¿Ha habido algún nuevo acontecimiento?

— He recibido una respuesta a mi anuncio.

— ¡Ah!

— Sí, llegó a los pocos minutos de que te marcharas.

— ¿Y con qué efecto?

Mycroft sacó una hoja de papel.

— Aquí está, —dijo—, escrito con una pluma de tinta J sobre papel crema real por un hombre de mediana edad y constitución débil. “Señor, en respuesta a su anuncio con fecha de hoy, le informo que conozco muy bien a la joven en cuestión. Si tuviese a bien visitarme, podría darle algunos detalles sobre su dolorosa historia. Actualmente vive en The Myrtles, Beckenham. Atentamente, J. Davenport.”

— Escribe desde Lower Brixton, —dijo Mycroft—. ¿No crees, Sherlock, que podríamos ir a verle ahora y enterarnos de esos detalles?

— Mi querido Mycroft, la vida del hermano vale más que la historia de la hermana. Creo que debemos llamar a Scotland Yard para solicitar al inspector Gregson e ir directamente a Beckenham. Sabemos que a un hombre lo están llevando al borde de la muerte, y cada hora es vital.

— Mejor recojamos al señor Melas en el camino, —sugerí—. Puede que necesitemos un intérprete.

— Excelente, —dijo Sherlock Holmes—. Manda a buscar un coche de cuatro ruedas y partiremos de inmediato.

Mientras hablaba, abrió el cajón de la mesa y noté que deslizaba su revólver en el bolsillo.

Era casi de noche cuando nos encontramos en Pall Mall, en las habitaciones del señor Melas. Un caballero acababa de pedir verlo, y él se había marchado.

— ¿Puede decirme a dónde? —preguntó Mycroft Holmes.

— No lo sé, señor —respondió la mujer que abrió la puerta—; sólo sé que se marchó con el caballero en un carruaje.

— ¿El caballero dio algún nombre?

— No, señor.

— ¿No era un joven alto, apuesto y de tez oscura?

— Oh, no, señor. Era un hombrecito, con gafas, delgado en el rostro, pero muy agradable en sus modales, pues reía todo el tiempo que hablaba.

— ¡Vamos! —exclamó de repente Sherlock Holmes—. Esto se está poniendo serio, —observó mientras conducíamos hacia Scotland Yard—. Estos hombres han vuelto a hacerse con Melas. Es un hombre sin valor físico, como bien saben por lo ocurrido la otra noche. Sin duda quieren someterlo a sus servicios profesionales, pero, habiéndolo utilizado, pueden estar dispuestos a castigarlo por lo que consideren su traición.

Nuestra esperanza era que, tomando el tren, pudiésemos llegar a Beckenham tan pronto o incluso antes que el carruaje. Al llegar a Scotland Yard, sin embargo, pasó más de una hora antes de poder conseguir al inspector Gregson y cumplir con las formalidades legales que nos permitieran entrar en la casa. Eran las diez menos cuarto antes de llegar a London Bridge y las diez y media cuando los cuatro

bajamos en la plataforma de Beckenham. Un trayecto de media milla nos llevó hasta The Myrtles, una gran casa oscura situada retirada de la carretera en sus propios terrenos. Allí dejamos el taxi y subimos juntos por el camino.

— Todas las ventanas están oscuras, —comentó el inspector—. La casa parece desierta.

— Nuestros pájaros han volado y el nido está vacío, —dijo Holmes.

— ¿Por qué lo dices?

— Un carruaje cargado de equipaje pasó por aquí durante la última hora.

El inspector se rió.

— Vi las huellas de las ruedas a la luz de la lámpara de la puerta, pero ¿de dónde viene el equipaje?

— Seguramente habrá notado las mismas huellas en el camino de regreso. Pero las que iban hacia fuera eran mucho más profundas, tanto que podemos afirmar con certeza que el carruaje llevaba un peso considerable.

— Esto me supera un poco, —dijo el inspector, encogiéndose de hombros—. No será fácil forzar la puerta, pero lo intentaremos si no conseguimos hacer que alguien nos escuche.

Golpeó fuertemente el picaporte y tiró del timbre, pero sin éxito. Holmes se había escabullido, mas volvió en unos minutos.

— Tengo una ventana abierta, —dijo.

— Es una misericordia que estés del lado de la fuerza y no en contra de ella, señor Holmes, —comentó el inspector, al notar la astucia con la que mi amigo había forzado el pestillo—. Bueno, creo que en estas circunstancias podemos entrar sin invitación.

Uno a uno nos internamos en un amplio apartamento, evidentemente el lugar donde se encontraba el señor Melas. El inspector encendió su linterna, y a su luz pudimos ver dos puertas, una cortina, una lámpara y el conjunto de armadura japonesa que

había descrito. Sobre la mesa reposaban dos vasos, una botella de brandy vacía y los restos de una comida.

— ¿Qué es eso? —preguntó de repente Holmes.

Todos nos quedamos quietos y escuchamos. Un bajo gemido provenía de algún lugar sobre nuestras cabezas. Holmes corrió hacia la puerta y salió al vestíbulo. El lúgubre ruido venía del piso de arriba. Corrió subiendo, seguido por el inspector y por mí, mientras su hermano Mycroft lo seguía tan rápidamente como su gran corpulencia se lo permitía.

Tres puertas daban al segundo piso, y era de la central de ellas de donde emanaban esos siniestros sonidos, que a veces se hundían en un murmullo apagado y otras se alzaban en un chillido estridente. Estaba cerrada, pero la llave había sido dejada en el exterior. Holmes abrió la puerta de un empujón y se lanzó adentro, mas salió de nuevo en un instante, con la mano en la garganta.

— Es carbón —exclamó—. Denle tiempo. Se aclarará.

Echando un vistazo, pudimos ver que la única luz en la sala provenía de una tenue llama azul que titilaba desde un pequeño trípode de bronce en el centro. Emitía un círculo pálido y antinatural sobre el suelo, mientras en las sombras se vislumbraba la vaga silueta de dos figuras agazapadas contra la pared. Del hueco de la puerta se escapaba una horrible exhalación venenosa que nos hizo jadear y toser. Holmes corrió a la parte superior de las escaleras para tomar aire fresco y luego, adentrándose en la sala, abrió la ventana de un empujón y lanzó el trípode al jardín.

— En un minuto podremos entrar, —jadeó, saliendo de nuevo—. ¿Dónde está una vela? Dudo que pudiésemos encender un fósforo en esa atmósfera. ¡Sostengan la luz en la puerta y los sacaremos, Mycroft, ya!

Con prisa llegamos a los hombres envenenados y los arrastramos al vestíbulo bien iluminado. Ambos tenían los labios azulados y estaban inconscientes, con rostros hinchados, congestionados y ojos saltones. De hecho, sus rasgos estaban tan deformados que, salvo

por la barba negra y la figura robusta, casi no reconocí en uno de ellos al intérprete griego que se había separado de nosotros apenas unas horas antes en el Club Diógenes. Sus manos y pies estaban firmemente atados, y tenía sobre un ojo las marcas de un violento golpe. El otro, atado de manera similar, era un hombre alto en la última etapa de emaciación, con varias tiras de yeso dispuestas en un patrón grotesco sobre su rostro. Había dejado de gemir al ponerlo tendido, y una mirada me mostró que, al menos en su caso, nuestra ayuda había llegado demasiado tarde. El señor Melas, sin embargo, aún vivía, y en menos de una hora, con ayuda de amoníaco y brandy, tuve la satisfacción de verlo abrir los ojos y de saber que mi mano lo había sacado de aquel oscuro valle donde se encuentran todos los caminos.

Era una historia sencilla la que tenía que contar, y que no hacía sino confirmar nuestras propias deducciones. Su visitante, al entrar en sus habitaciones, había sacado un salvavidas de su manga y había impresionado tanto en él el miedo a una muerte instantánea e inevitable que lo secuestró por segunda vez. De hecho, el efecto que aquel risueño bribón produjo en el desafortunado lingüista fue casi hipnótico, pues éste sólo podía hablar de él con manos temblorosas y la mejilla pálida. Lo llevaron rápidamente a Beckenham y actuó como intérprete en una segunda entrevista, aún más dramática que la primera, en la que los dos ingleses amenazaron a su prisionero con la muerte instantánea si no cumplía sus demandas. Finalmente, al encontrarlo inmune a toda amenaza, lo arrojaron de nuevo a su prisión y, tras reprocharle su traición —según constaba en el anuncio periodístico—, lo aturdieron con un golpe de un palo, de modo que no recordó nada más hasta que nos encontró inclinados sobre él.

Y éste fue el singular caso del Intérprete Griego, cuya explicación aún encierra cierto misterio. Pudimos averiguar, comunicándonos con el caballero que respondió al anuncio, que la desafortunada joven provenía de una acaudalada familia griega y que había venido de visita a unos amigos en Inglaterra. Allí conoció a un joven llamado Harold Latimer, quien adquirió ascendencia sobre ella y, finalmente, la persuadió para que huyera con él. Sus amigos, horrorizados por el

suceso, se contentaron con informar a su hermano en Atenas y, a continuación, se desentendieron del asunto. El hermano, al llegar a Inglaterra, se colocó imprudentemente en poder de Latimer y de su asociado, cuyo nombre era Wilson Kemp, un hombre de antecedentes abyectos. Estos dos, al constatar que por su ignorancia del idioma él era indefenso en sus manos, lo mantuvieron prisionero y procuraron, mediante crueldad y hambre, obligarlo a firmar la cesión de la propiedad de él y de su hermana a favor de ellos. Lo retuvieron en la casa sin que la chica lo supiera, y el yeso en su rostro se puso con el fin de dificultar su reconocimiento en caso de que ella llegara a verlo por casualidad. Sin embargo, su aguda percepción femenina desveló enseguida el disfraz cuando, en ocasión de la visita del intérprete, lo vio por primera vez. La pobre chica, no obstante, también era prisionera, pues en la casa no había nadie más salvo el hombre que actuaba como cochero y su esposa, ambos cómplices de los conspiradores. Al descubrirse su secreto y darse cuenta de que su prisionero no podía ser forzado, los dos villanos, junto con la chica, huyeron con apenas unas horas de aviso de la casa amueblada que habían alquilado, tras haber, según creían, vengado tanto al hombre que los desafió como al que los traicionó.

Meses después, un curioso recorte periodístico nos llegó desde Buda-Pesth. Contaba cómo dos ingleses que viajaban con una mujer tuvieron un trágico final. Aparentemente, ambos fueron apuñalados, y la policía húngara opinaba que habían discutido y se habían infligido heridas mortales mutuamente. Sin embargo, Holmes, me imagino, tiene una forma distinta de pensar y sostiene hasta el día de hoy que, si se pudiera encontrar a la chica griega, se sabría cómo se vengaron las injusticias cometidas contra ella y su hermano."

**FIN**

1. [El intérprete griego - Arthur Conan Doyle](#)
2. [El intérprete griego](#)

## **HITOS**

1. [Portada](#)

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**